

partido la amenaza de la división de la nación. A pesar de que esta conclusión me parece atractiva, encuentro una mirada excesivamente benevolente, y hasta justificadora de las conductas y discursos de la logia yorkina. Percibí un guiño del autor hacia esta asociación, quizá porque cree que ella representaba la opción más democrática y republicana del período.

Fuera de estas diferencias de interpretación creo que el trabajo de Rafael Rojas hace saltar a la vista las debilidades del México posvirreinal y las de su opinión pública. La irradiación de las logias es escasa, las deliberaciones y la formulación de ideas son oscuras, se registran prácticas partidisanas y el éxito de los pronunciamientos militares para ser acogidos por civiles promovió prácticas antiinstitucionales. El capítulo la "Maldición silenciada" es también rico en ejemplos de la traducción y recodificación del discurso elitista en el imaginario y la jerga populares. Rafael Rojas es persuasivo para hacernos entender la función del panfleto en esa época de enormes distancias culturales y de exigencias de notabilidad. El panfleto es la forma principal de difundir ideas para hacerlas estado de ánimo. Su ubicación en la marginalidad del mundo político la hace un género característico por sus giros grotescos, frases obscenas, refranes, etcétera.

Los rasgos que desarrolló el debate político, sus escenarios, sus vehículos de transmisión, el entrecruzamiento con pronunciamientos militares, las censuras, todos estos aspectos desvelados en el libro *La escritura de la independencia: el surgimiento de la opinión pública en México*, crean la imagen de que la opinión pública en verdad fue un reflejo de la debilidad y fragilidad de México como Estado indepen-

diente. Ciertamente la situación retratada en esta obra está muy lejos de aquella que originó el republicanismo estadounidense, cuyas condiciones fueron radicalmente distintas, y por ello resulta incomparable.

Sólo quiero terminar con una diferencia más. No comparto con el autor su conclusión de que la débil consistencia del republicanismo mexicano pueda ser explicada por el hecho de que proviene de una matriz intelectual diversa y diferente a la del republicanismo estadounidense. Menos aún, que haya sido causada, entre otras razones, porque los liberales mexicanos no hayan hecho sus lecturas de Maquiavelo, Harrington o Thomas Paine (p. 199). Creo que el tema no se ha agotado para la exploración revisionista y creo que las preguntas siguen exigiendo enfoques que combinen la historia política institucional, la historia de la cultura política y la historia de las ideas políticas, en resumen, una mirada más integral. De cualquier forma, el trabajo aporta a la historiografía nuevos conocimientos y sugerencias en relaciones que seguramente serán retomadas para profundizar los hallazgos aquí presentados.

Alicia Tecuanhuey Sandoval  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Ricardo Salvatore, *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Duke University Press, Durham y Londres, 2003, 523 pp.

Entre 1829 y 1852, bajo el liderazgo de Juan Manuel de Rosas, la provincia de Buenos Aires atravesó una peculiar experiencia republicana caracterizada por una

fuerte centralización de la autoridad, una inédita y creciente intrusión del Estado en la vida de la gente, una lucha facciosa que consolidó identidades políticas estereotipadas (los unitarios y los federales) y un complejo entramado de gestos populistas, rituales y culto a la personalidad. El periodo fue testigo de una movilización para la guerra sin precedentes que afectó especialmente a los sectores subalternos de la campaña de la provincia. La experiencia de esos sectores, su voz, sus sensibilidades, opiniones y reclamos configuran la trama de este libro en el que Ricardo Salvatore indaga las interacciones entre el Estado y los sectores subalternos en la construcción de la historia de la nación. Para ello, el autor enfoca su estudio en la confrontación de los peones y los campesinos bonaerenses con un sistema de disciplinamiento legal y militar que se desplegó en la provincia durante los años en que Rosas controló su destino político.

La investigación abreva en un amplio espectro documental —informes judiciales, registros de reclutamiento militar, reconstrucciones literarias e históricas del periodo, etc.—, en el cual destaca el uso intensivo de las filiaciones (archivos personales y criminales llevados por las autoridades del Estado). Como el conjunto de las fuentes judiciales, éstas tampoco pueden escapar al sesgo de constituir expresiones de los sectores subalternos traducidas por los funcionarios del Estado y, por lo tanto, transcritas en un lenguaje oficial. Sin embargo, el tratamiento que Salvatore les otorga las vuelve particularmente reveladoras de múltiples dimensiones de la vida de los sectores subalternos, de sus voces, su subjetividad y su relación con las autoridades del Estado. El abordaje propuesto por el autor es el de desentrañar la fili-

grana de estas tramas discursivas a través de su deconstrucción (en tanto documentos transcritos por las clases dominantes) en pos de reposicionar a los sectores subalternos como agentes históricos. De esa suerte, el libro los estudia en cuatro dimensiones principales: el mercado, la ley, la política y la milicia, ámbitos en los cuales los sectores popular y dominante interactuaban con cierta regularidad. Desde todas estas perspectivas el autor recrea la densa trama de relaciones entre sectores dominantes y subalternos a partir de historias (*stories*) fragmentarias, donde prima un diálogo que alterna entre la persuasión y la coerción, el consenso y el disenso.

En los primeros capítulos Salvatore nos habla de las relaciones de las clases subalternas con el mercado y de los caminos del trabajo, caminos recorridos en gran parte por emigrantes de las provincias norleñas. El mercado es presentado como un espacio de interacción y espectáculo y como un lugar en donde el Estado imponía regulaciones pero también políticas de ayuda y asistencia. Salvatore logra devolvernos una imagen atractiva y pintoresca de ese escenario, el lugar de interacción y encuentro de una variada constelación de hombres y mujeres que compran y venden, que llegan y se marchan, que deambulan, que regatean. Peones, campesinos, trajinantes, troperos, carniceros, panaderos, un mundo abigarrado y pululante donde los sectores populares parecen vivir una vida en la que la lógica del mercado los atraviesa. Tanto cuando el autor se detiene en las clases populares como consumidoras, como cuando las mira como trabajadoras, los sujetos son presentados como agentes económicos que, dentro de un espectro variado de limitaciones, negocian su posición en las

relaciones de trabajo, consumo y demanda de ayuda estatal, tejiendo tenaz y costosamente una adaptación al nuevo orden en formación.

En estos capítulos el autor discute la difundida construcción historiográfica que sostenía que en los años de Rosas la clase de los peones era dominada por estancieros y propietarios paternalistas. A través de la interpretación de las voces fragmentarias y de las experiencias migratorias de los sectores populares en sus declaraciones ante los estrados judiciales, se cuestiona aquel consenso histórico para argumentar a favor de la difusión de relaciones más igualitarias y democráticas. Si es cierto que la importancia del fenómeno de la migración en el contexto militarizado de aquellos años, que también fueron testigos de una notoria expansión económica, es bastante bien conocida y ha sido explorada por otros historiadores, Salvatore vuelve al deambular de los peones y los campesinos entre provincias y en la campaña de Buenos Aires en pos de aportar evidencia a su argumento de que la intensa movilidad espacial de la clase de los peones habría prevenido en buena medida el predominio de vínculos paternalistas.

Siguiendo esta línea argumental, el autor indaga la relación ambivalente entre los emigrantes de otras provincias y el estado de Buenos Aires en el marco de un problema ligado a la igualdad: los derechos de ciudadanía. Aunque los provincianos siguiesen siendo bienvenidos por las autoridades bonaerenses en su condición de trabajadores, su movilidad, la falta de documentos personales o de papeletas que probasen su servicio a los jueces locales y a la causa rosista, los volvía vulnerables ante el poder de las autoridades y

pasibles de arresto. En este sentido, el autor considera que es posible pensar que esa experiencia haya provocado cambios en los patrones de migración. Antes de Rosas, Buenos Aires era un polo de atracción de trabajadores en busca de conchabo ocasional, y su deambular no necesariamente sometía a los peones al riesgo de la persecución policial y la prisión. Ahora, los provincianos habrían buscado acercarse tanto para evitar ser sospechados de vagos o desertores, como para gozar de las oportunidades de integración social y política que el rosismo había abierto a los sectores subalternos.

Igualdad y desigualdad, fieles federales y salvajes unitarios, una sociedad ordenada a lo largo de contundentes líneas divisorias que demonizaban y excluían a los enemigos políticos de Rosas, al tiempo que abrían espacios de inclusión para los sectores populares, fueron configurando un ámbito en el que las formas del vestir y los colores eran el lenguaje en el que se traducían no sólo las clases sociales, sino fundamentalmente las lealtades (o deslealtades) políticas. Salvatore nos ofrece una descripción densa del ostensible uso de los colores que distinguían a los bandos contendientes (unitarios y federales) y cuyos significados excedían las distinciones de posición social.

Después de ofrecernos una detallada pintura de una sociedad en la que el rojo, el color que simbolizaba la fidelidad al Restaurador, teñía de contenidos políticos e identidades colectivas la vida cotidiana, el libro se concentra en los temas que han constituido la preocupación más clásica y repetida entre los estudiosos del gobierno de Rosas: la criminalidad, la justicia y la ley. A medida que el autor se adentra en el análisis e interpretación de estas di-

mensiones de la experiencia de los sectores subalternos, el diálogo de esta últimas con la clase dominante, que hasta ahora había transcurrido por la línea de la persuasión y el consenso (mercado, ayuda estatal, igualdad, ciudadanía), comienza a estar surcado por el disenso, la resistencia y la coerción.

En un sistema cuya retórica hacía de “la restauración y el reinado de las leyes” el centro, el autor analiza el orden legal y judicial en tanto que dimensiones organizadoras de un cuadro de referencia basado en un amplio repertorio de responsabilidades y obligaciones que atravesaban la vida de los sectores subalternos y configuraban el poder de las clases dominantes. La ley organizaba la acción colectiva e individual de peones y paisanos y era uno de los dominios a través de los que el Estado y su orden cobraban sentido, a la vez que su presencia, que parecía impregnarlo todo, la transformaba en una de las principales fuentes de resistencia. Por su parte, la violación de la matriz legal que sustentaba a un sistema republicano investido de poderes extraordinarios, derivaba en el despliegue de un abanico de castigos férreo y sangriento orientado al doble propósito de imponer disciplina social y satisfacer las necesidades militares del gobierno.

De esa suerte, el autor aborda el análisis del sistema judicial y de la criminalidad enfatizando su naturaleza dual. El orden rosista se basaba tanto en una justicia central abocada al reclutamiento de soldados para la maquinaria de guerra del Estado, como en otra local, a cargo de los jueces de paz, construida sobre la base del ideal de restauración moral imaginado por el gobernador: respeto a la autoridad y a la propiedad privada, observancia de

las prácticas del catolicismo, lealtad política al régimen y respeto a los valores de la familia y el trabajo. Sin embargo, desde la perspectiva de los sectores subalternos, los límites entre esas dos instancias judiciales estaban bastante desdibujados. Para los paisanos, todos los crímenes hacían referencia a un problema común a los habitantes pobres de la campaña: la leva para el ejército y las formas de evitar o disminuir sus obligaciones militares. Así, la violación de alguno de los principios que sostenían el ideal moral de Rosas —robar un caballo, carnear una vaca ajena o falsificar un documento— no estaba dissociada de la resistencia subalterna contra las demandas militares del Estado. Escapar al reclutamiento militar requería medios de movilidad, comida y papeletas.

La desertión como estrategia, como amenaza o como hecho consumado fue una preocupación persistente de las autoridades y una de las armas más difundidas de la resistencia de los sectores populares. Salvatore dedica un capítulo a su análisis en el que nos devuelve una imagen vívida de los contornos de la experiencia de aquellos que escapaban de la leva o de las filas del ejército. El temor a los castigos, los motivos familiares, las necesidades económicas, las enfermedades y las mutilaciones que habían marcado el cuerpo de muchos hombres pobres de Buenos Aires, el recuerdo de la guerra, configuraban el denso repertorio de argumentos que los desertores presentaban para justificarse por haber escapado al largo y férreo brazo del reclutamiento militar.

En los capítulos que cierran el libro, el autor vuelve al análisis de las prácticas centradas en la persuasión y el consenso. Su interés aquí es desvelar la eficacia del orden (judicial, legal y disciplinar) del ro-

sismo en la creación de una identidad nacional y el lugar que los sectores subalternos se adjudicaron en la comunidad imaginada de la Confederación Argentina. Las memorias de guerra de los veteranos narradas ante los estrados judiciales, la semiótica y la arquitectura de los rituales políticos del rosismo articuladas en las llamadas “fiestas federales”, el lenguaje de esas escenificaciones que presentaban a la Confederación como una gran comunidad fraterna hermanada por una guerra sagrada contra el enemigo, y a la vez inspirada en principios políticos y morales comunes, revela hasta qué punto el largo mandato de Rosas se sustentó en una combinación de fuerza y consenso, un juego de poder que confirió a los *wandering paysanos* la condición de sujetos políticos. Leales a la causa federal, eran necesarios para la supervivencia del régimen que en buena medida se sustentaba en un contrato entre clase dominante y sectores subalternos. En la práctica, sostiene el autor, la perdurabilidad de Rosas dependió tanto del ejercicio del terror como de la articulación de un registro de comunicación en clave consensual con los paisanos de Buenos Aires. Estos sectores cobraron una inusitada visibilidad durante aquellos años, visibilidad que, sin embargo, se redujo de modo ostensible con el cambio en la forma de gobierno que sobrevino tras la caída del régimen en 1852. En los años que siguieron al rosismo, las clases subalternas perdieron importancia política ante la emergencia de una nueva configuración de poder que podía construirse sin la participación de la mayoría de la población.

Este libro de Ricardo Salvatore, preñado de hipótesis provocadoras y miradas novedosas es, sin duda, una obra de con-

sulta ineludible. La narrativa que organiza el conjunto del trabajo dialoga (o quizá sería más apropiado decir, desarma) un entramado denso de interpretaciones tradicionales de esta larga etapa de la historia argentina que ha generado profundos debates, opiniones disímiles y argumentos encontrados. En este ejercicio de volver a ensamblar las mismas piezas para que resulten en formas diferentes, el autor se ubica en los intersticios e indaga a los sectores subalternos como agentes históricos. Como nos recordaba Giovanni Levi en *La herencia immaterial*,<sup>1</sup> es justamente en los intersticios de sistemas estables o en formación donde grupos y personas desarrollan una estrategia propia y significativa capaz de marcar la realidad política condicionando y modificando las formas de dominación. En las historias fragmentarias de las que nos habla Salvatore resuenan las voces que condicionaron los contornos de la dominación rosista. Sin embargo, las frágiles existencias de los sectores subalternos no llegaron a marcar una huella duradera y, tras la caída de Rosas, sus opciones —siempre limitadas— se estrecharon aún más. La pérdida de peso político en la nueva lógica que articuló el poder después de 1852 fue acompañada por un endurecimiento del reclutamiento militar para los nuevos frentes de combate (la lucha en la frontera con el indio o la guerra del Paraguay, por ejemplo) y por una pérdida de acceso al usufructo —regido por normas consuetudinarias— de una variedad de recursos entre los cuales se hallaba la tierra, ahora resguardada por un derecho de propiedad privada plasmado en códigos y

<sup>1</sup> Giovanni Levi, *La herencia immaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Nerea, Madrid, 1985.

leyes mucho más férreas que los que habían sostenido el ideal moral del rosismo y que eran el reflejo de la finalización de un largo proceso de constitución del mercado de tierras y de trabajo.<sup>2</sup>

Este libro mira al rosismo desde ángulos múltiples, y en su análisis minucioso desvela problemas que en el conjunto de la obra son quizá sólo finos cauces tributarios de la línea argumental principal o corolarios de la misma, pero sobre los que se adelantan hipótesis que merecen una exploración que los transforme en cauces de nuevas investigaciones. El problema de la pérdida de visibilidad política de los sectores populares que Salvatore nos adelanta sólo como colofón de su interpretación, ha sido abordado desde el dominio económico y social por otros autores, sin embargo, los resultados siguen siendo provisionales. En este sentido, varias de las ideas sugeridas en este trabajo bien podrían constituirse en puntos de partida de nuevas investigaciones que echen luz sobre las primeras décadas del posrosismo.

Como toda obra, ésta también tiene inconsistencias y flancos débiles. A pesar de que, como mencionamos más arriba, el autor ha utilizado una base documental variada y rica, la mayoría de las fuentes son oficiales y en particular judiciales. Si es innegable que Salvatore se encarga de hacer una crítica de esas fuentes presentándonos los sesgos de unas construcciones discursivas en las que las clases dominantes transcriben las voces de los sectores subalternos, creo que esa crítica debe ser

todavía más profunda. Una de las características de los papeles judiciales (y oficiales en general) producidos por el gobierno de Rosas, es el importante grado de rutinización que alcanzaron a medida que el orden se consolidaba. Si es cierto que las filiaciones, una de las fuentes a las que el autor acude repetidamente, constituyeron quizá los documentos más abundantes de la época, también lo es que a medida que avanzamos en los años 1840 estas clasificaciones de rasgos físicos, vestimentas y perfiles de desertores y criminales son cada vez más estandarizadas y magras. Datos repetidos pero pobres, que terminan encerrando una pluralidad de vidas individuales en una descripción formalizada, una suerte de boceto, tras el que se ocultan móviles, situaciones personales, derroteros y trayectorias individuales. Los casos que el autor selecciona para su trabajo y con los que nos ilustra en narraciones coloridas, son elocuentes justamente por la frondosa información que ofrecen, sin embargo, mirando el archivo en su conjunto, me inclino a pensar que se trata más bien de historias atípicas y excepcionales en un mar de causas y clasificaciones repetitivas, rutinarias y silenciosas a la hora de develarnos experiencias individuales que de la sumaria de fragmentos que permitan traspasar los límites de la conjetura y de los afanes interpretativos sobre la capacidad de agencia de los sectores subalternos.

María M. Bjerg  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

<sup>2</sup> Sobre el tema véase Juan Carlos Garavaglia, "De Caseros a la Guerra del Paraguay. El disciplinamiento de la población campesina en el Buenos Aires postrosista (1852-1865)", *Illes e Imperis*, núm. 5, 2001, pp. 53-80.

Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, FCE, Buenos Aires, 2003, 335 pp.